



Erasmus Zarzuela

Que la inocencia nos valga

La inocencia es un ingrediente que actualmente no se toma en cuenta. Algo dejado al recuerdo, al paso del tiempo o al olvido. Para muchos, la inocencia no vale nada y los pocos que aún la conservan no se dan cuenta.

Hoy a los jóvenes lo último que les interesa es la inocencia. Es una basura que se va al tacho o algo peor.

¿Poco a poco la inocencia va muriendo?

Se va perdiendo, olvidando, quedando hecha mierda.

C. Domínguez, L. Cappuci, B. Chávez. En: *¡Que la inocencia te valga!*



el duende
director: luis urqueta m.
consejo editor: alberto guerra g.
edwin guzmán o.
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david ángel illanes
castilla 448 telef. 5276816-5288500
e-mail: duendejulia@hotmail.com



Oruro S.A.

Zona Franca

La letra latente

En ese preciso instante supo que ya era de madrugada. Desde mi ventana se veía la forma alargada de una nube sin los colores de la aurora todavía. No conciliaba con el sueño a causa de un libro de bolsillo que una editorial española había lanzado agrupando trece relatos de Jorge Luis Borges y cuyo título venía impreso en gruesos caracteres: «El Libro de Arena».

Todavía estaba en un ángulo de la pared el pequeño libro el que dirigía la mirada de cuando en cuando sin atreverme a tomarlo de nuevo para ver si aquella narración que había leído con tanto interés finalmente, aparecería a mis ojos.

Esa noche había regresado más tarde de lo habitual a mi habitación de la estrechísima y serpenteante calle Catacora en el antiguo centro pacoño. Esa noche me introduje en la lectura de aquellos relatos fantásticos y poco a poco me entró la envidia (yo soy un incipiente escritor de crónica roja) y me quedé por largos minutos pensando en la extraordinaria sapiencia del autor, en su estilo, aunque él cite a Kafka, a un tal Chesterton o a un tal Hohn Bunyan como a sus antecesores sin llamarlos así.

Después de la lectura me sentí raro. Estaba lúcido, con unas ganas de quedar extenuado, de acurrucarme y dormir, pero no podía. No sentí la dulce pesadez del sueño. Esa virtud había desaparecido de mi conciencia. No podía cerrar los ojos con ese gusto que nos da el cansancio o la pena. Esa virtud había desaparecido de mí al menos desde la noche precedente cuya madrugada, como ya dije, mostraba el cielo del amanecer y yo seguía deambulando en mi habitación o me quedaba clavado al pequeño sillón.

El extraño acontecimiento se desarrolló sin que me diese cuenta.

Mientras leía, en el televisor se pasaba la visita del presidente Mesa a mi ciudad natal. Era el 10 de Febrero. El Presidente inauguraba una mejora urbana en la avenida Villarroel, apellido de un insigne nacionalista y en cuyo gobierno una fundición privada había producido lingotes de estaño en 1946. Este Presidente, sin embargo, había sido colgado de un farol en la Plaza Murillo de La Paz un 21 de julio de ese mismo año.

La transmisión de las incidencias hizo que dejara el libro por un instante. La narración que concluía de leer titulaba: «Utopía de un hombre que está casado». Pero luego en el epílogo escrito por el propio Borges se lee: «Utopía de un hombre que está cansado».

El informe de la televisión que mostraba a mi querida ciudad me distrajo. Siempre sucede así cuando se trata de noticias de mi tierra altioplánica.

Estoy desesperado por cerrar los ojos en un sueño que desearía que llegue. No es para menos. Para corroborar el error del título, sigo buscando en el libro aquella narración que leí y no la encuentro.

Elmo Solano Cortez. Escritor Oruro. Reside en La Paz.